



# ESTABILIDAD, CRISIS Y METAMORFOSIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN ARGENTINA

AMÍLCAR SALAS OROÑO\*

## Introducción

Observar el recorrido de la democracia argentina de los últimos 30 años desde los partidos políticos y su sistema partidario arroja un balance más o menos claro: tanto por las modificaciones en la dinámica y en la orientación de los intercambios entre los ciudadanos y sus políticos, como por los niveles de legitimidad de los partidos políticos y las formas de incorporación de las demandas sociales a las agendas político-partidarios, estos 30 años se han desarrollado bajo el signo de la *discontinuidad*, en el que han primado los reemplazos y transmutaciones de sus elementos constitutivos. En lo que tiene que ver con las variables político-partidarias hubo un despliegue prolífico de elementos *diferenciales* para cada una de las décadas, para cada uno de los gobiernos. Este artículo pretende realizar una revisión de las características principales del sistema político-partidario argentino durante ese período, poniendo como eje de la descripción general a esos mismos cambios cuyo momento emblemático puede ubicarse en la eclosión de la “crisis de la representación partidaria” durante los años 2001/2003.

Es esa misma crisis la que sigue ordenando las interpretaciones *del* presente y *desde* el presente. Se trata de un “nudo de la historia” de la Argentina contemporánea que, al profundizarse en su análisis e intelección, permite reconstruir una dialéctica general de los últimos 30 años, o por lo menos su aproximación. En relación a las singularidades de despliegue que hacen a los partidos políticos, en este artículo la exposición de los argumentos gira, entonces, en función de los “cambios” que fue presentando el sistema partidario, procurando, desde ya, establecer un balance general sobre el período. De allí la organización de la exposición que se sugiere: dos apartados específicos descriptivos sobre el antes y después de aquella coyuntura histórica crítica del 2001/2003 y una conclusión final, en la que se pretende una revisión genérica de todo el ciclo democrático y los interrogantes que deja instalados.

## Estabilidad y crisis partidaria en Argentina (1983-2003)

En líneas generales, y siguiendo a buena parte de la bibliografía especializada, podría afirmarse que hasta 1983 “los partidos argentinos actuaban negando la idea misma de sistema, al no reconocerse a sí mismos como partes de un todo, sino entendiendo su posición como la única legítima” (Abal Medina, y Suárez Cao, 2002: 165)<sup>1</sup>. Incluso algunos autores se han atrevido a hablar, como característica del sistema partidario argentino, de una existencia paradójica de “partidos sin

---

\* Licenciado en Ciencia Política (UBA). Magister en Ciencia Política (USP-Brasil). Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Autor de *Ideología y Democracia: intelectuales, partidos políticos y representación partidaria en Argentina y Brasil desde 1980 al 2003* (Pueblo Heredero, 2012).

<sup>1</sup> Continúan los autores: “Esta importante característica que manifestaron los partidos argentinos, la negación permanente del adversario, ha llevado a muchos importantes autores a sostener la inexistencia de un sistema de partidos propiamente dicho (Cavarozzi, 1989; De Riz, 1986). Por el contrario, para nosotros, esa misma característica y los elementos que se asocian a ella, son la demostración, no sólo de la existencia de un sistema partidario, sino de la permanencia de los elementos centrales de su configuración en los tres períodos previos al inicio de la democratización.” (Abal Medina y Suárez Cao, 2002: 166)



sistema” (Cavarozzi y Casullo, 2002: 13)<sup>2</sup>: una vez instalados en funciones de gobierno, los partidos imponían determinadas *hegemonías unipartidarias* – compatibles con el carácter “movimientista” de los mismos- a partir de cuya posición se acomodaban el resto de los actores, contribuyendo a la inestabilidad de toda la estructura política. Si a esto se le suma el hecho de que las elecciones de octubre de 1983 refutaron la denominada “ley de hierro del peronismo” - que sentenciaba que, en elecciones libres y sin proscripciones, éste no podía ser vencido - las perspectivas del *bipartidismo imperfecto*<sup>3</sup> argentino eran tan impredecibles como enigmáticas.

Un análisis para el período que va desde 1983 hasta el 2001/2003 presupone tener en cuenta dos aspectos: por un lado, comprender que los problemas políticos que darán lugar a la declarada “crisis de la representación partidaria” de aquel bienio ya se encuentran presentes, aunque de manera larvada, en los años ochenta. Por otro lado, es importante tener en cuenta que si bien esta *crisis* es de carácter general –dado que lo puesto en entredicho fue, a fin de cuentas, la propia legitimidad democrática del sistema–, hay ciertas fuerzas políticas que estarán más íntimamente ligadas con esta misma crisis, donde podría, entonces, ubicarse su epicentro. Como afirma Juan Carlos Torre (2003), la “crisis de la representación partidaria” que se desplegó progresivamente sobre todo el sistema político argentino debe seguirse, prioritariamente, en los destinos de las principales fuerzas políticas del *polo no peronista de la competencia*.

En relación a las “estructuras de competencia partidaria”, y siguiendo la definición de G. Sartori (1994), el bipartidismo se caracteriza por ser un sistema en el que la existencia de terceros partidos no impide que los dos partidos principales gobiernen solos, sin necesidad de coaliciones<sup>4</sup>. Uno de sus atributos es la *alternancia* en el gobierno, que es definida más como *posibilidad* que como la efectiva materialización de un cambio en el ejercicio del rol de gobierno. En el tradicional caso argentino, se trataba de un “bipartidismo imperfecto” porque, entre otras cosas, en la competencia interpartidaria no hubo una leve intensidad ideológica sino todo lo contrario y, además, porque los períodos de proscripción hacen difícil analizar en términos “competitivos” al sistema de partidos. Para el primer “momento democrático” de estos 30 años, el que culmina hacia 2001/2003, es posible distinguir tres sub-períodos: a) desde 1983 a 1995 puede afirmarse que el “bipartidismo imperfecto” argentino se encuentra en *transición*; b) desde 1995 hasta el 2000, hasta la renuncia del Vicepresidente del gobierno de la Alianza, las características se emparentan con un *sistema pluralista moderado*<sup>5</sup>; c) el ciclo concluye con la *fragmentación* del sistema de partidos hacia el 2003.

Respecto del carácter *transicional* del “bipartidismo imperfecto”, esta clasificación es posible gracias a dos elementos novedosos que se incluyen en el sistema a partir de 1983: la aparición de terceras fuerzas a nivel nacional<sup>6</sup> y una *orientación* más cercana entre los actores políticos respecto de las definiciones de los asuntos públicos y las agendas de preferencias. Tras la primera sucesión

---

<sup>2</sup> Incluso siguiendo la tipología sartoriana, y verificándose: a) reglas de competencia interpartidarias; b) objetivos de la competencia – la función de Gobierno, pareciera un poco exagerado considerar una “inexistencia” del sistema.

<sup>3</sup> Aunque se aceptan las descripciones del sistema partidario argentino como “bipartidista predominante y polarizado” (Abal Medina y Suárez Cao, 2002) aquí se utilizará la expresión “bipartidismo imperfecto”, señalada en otra oportunidad (Abdo Ferez y Salas Oroño, 2000). No es intención aquí entrar en un debate extenso sobre los conceptos sino simplemente resignificar algunos aspectos que permitan realizar una mejor descripción de la problemática en cuestión.

<sup>4</sup> Para una interpretación diferente sobre este punto, ver Zelaznik y Rovner (1997).

<sup>5</sup> Respecto de esta caracterización, se sigue a Novaro y Palermo (1998); para una visión alternativa, ver Zelaznik y Rovner (1997) y Cabrera (1997), entre otros.

<sup>6</sup> Principalmente la Unión del Centro Democrático (UCeDe) y el Partido Intransigente (PI).



constitucional en la historia nacional de un Presidente por otro con diferente pertenencia política, y con un nuevo marco institucional -el desencadenado por la Reforma Constitucional de 1994- el sistema partidario argentino entra en una etapa (breve) de *pluralismo moderado*<sup>7</sup>. Este cambio hacia un *pluralismo moderado* contempló, por un lado, la emergencia y consolidación de otros (nuevos) terceros partidos -es decir, con capacidad de chantaje o de coalición- más gravitantes que aquellos de los inicios de la democratización; además, se operó en aquellos años un avance en términos de cultura política, con la reformulación del carácter del clivaje peronismo-antiperonismo.

Desde el retorno de la democracia, este clivaje, que dividió en dos campos antagónicos y excluyentes al espacio político nacional por décadas, fue dejando lugar a otros ejes de ruptura superpuestos<sup>8</sup>. Esta pérdida de importancia del clivaje peronismo-antiperonismo supuso un reacomodamiento de los *imaginarios políticos tradicionales*; como argumentan algunos autores, la declinación de este clivaje supuso algunos rasgos positivos: por primera vez, los partidos compartieron un mundo de significaciones entre las que cuentan primordialmente la legitimidad de las reglas de juego, con visiones *alternantes* pero *no excluyentes*, lo que puede postularse como uno de los pilares del orden democrático; en otras palabras, “el reconocimiento recíproco de los sujetos políticos”: “Muestra una radical diferencia en sus aspectos centrales con los períodos previos. En primer lugar, la distancia ideológica se redujo notablemente y el sistema ha perdido su condición de polarizado para comportarse de acuerdo a las características usuales de los sistemas moderados: competencia centripeta, ausencia de partidos antisistema, etcétera. En segundo lugar, el sistema se ha vuelto más complejo, ya no hay una sola dimensión de conflicto que sobreimprima una lógica a todas las demás. Asimismo, el número efectivo de partidos cambia cualitativamente al surgir ‘terceros’ partidos importantes, e incluso uno de ellos, el Frente Grande/FREPASO, llega a desplazar a un inusitado tercer lugar a uno de los partidos históricos en 1995” (Abal Medina y Suárez Cao, 2002: 174).

Si otra “cultura política” readaptaba el formato y la mecánica del sistema partidario, con la llegada de la Alianza al Gobierno, esos elementos evidenciarán el costado precario y superficial de sus premisas: la estructura de la competencia pierde definición, en términos de claridad e intensidad en sus componentes, llevando el escenario hacia su *crisis*, esta vez no por *polarización ideológica*<sup>9</sup>, que es una de las formas de derrumbe del pluralismo moderado, sino por “brecha representativa” (Pousadela, 2004), lo que aquí ha sido consignado como “crisis de la representación partidaria”. Paradojas del caso argentino: los partidos políticos, que habían logrado sobreponerse durante gran parte del siglo XX a la inestabilidad institucional de la historia del país, con la consolidación definitiva del régimen democrático comienzan a entrar en *crisis*<sup>10</sup>.

---

<sup>7</sup> Recordemos que el *pluralismo moderado* se caracteriza -volviendo a las clásicas definiciones de G. Sartori- por: 1) una distancia ideológica pequeña entre los partidos importantes; 2) una configuración de coalición bipolar y 3) una competencia centripeta, es decir, orientada al centro de una línea ideológica que va de izquierda a derecha. Es propio de este tipo de sistema que los partidos importantes sean al menos tres y no más de cinco y que el gobierno sea ejercido por coaliciones, ante la imposibilidad de que un partido solo alcance la mayoría absoluta. Estas coaliciones, recordemos, son alternativas y no necesariamente alternantes. Al respecto, ver Sartori (1994).

<sup>8</sup> Para un análisis del clivaje peronismo-antiperonismo en la clave interpretativa aquí sugerida, ver Abal Medina (1995).

<sup>9</sup> Como pueden ser los casos señalados por Dos Santos para Brasil en 1964, Linz para Chile en 1973 o Sartori para la Alemania de los años 1930.

<sup>10</sup> “La dinámica de competencia política propia de la democracia de partidos sólo llegó a instalarse en 1983, en el momento mismo en que, como modelo de representación política, ella iniciaba su crisis secular en el mundo occidental” (Pousadela, 2007: 132)



El primer sub-período de la democracia argentina, esto es, aquel que culmina en la mencionada “crisis de la representación partidaria” tiene, quizás, dos extremos claros que permiten caracterizar la etapa: al inicio, la impresionante disposición en 1983 a reinscribirse en los padrones partidarios por parte de una gran porción de la ciudadanía— casi 3 millones de nuevos afiliados<sup>11</sup> - y, sobre el final, los resultados electorales del bienio 2001-2003, en los que, primero, el “voto negativo” se convirtió en primera minoría y, segundo, en el que la *fragmentación* y *dispersión* de los resultados presidenciales del 2003 representó un momento único y singular en la historia contemporánea del país<sup>12</sup>. Es importante advertir que, en cuanto a sus alcances, dicha *crisis* no fue homogénea para todas las instituciones partidarias, lo que no quiere decir que, llegado el momento en el cual se instala como percepción colectiva y atmósfera política, algunas hayan quedado resguardadas del descontento ciudadano. Todo lo contrario, fue una “crisis de la representación partidaria” de implicancias generales. Pero también es cierto que el núcleo de la misma no provino indistintamente de un sector u otro, como tampoco tuvo el mismo impacto en todos los casos: “más concretamente, su impacto es relativamente más limitado en la principal de ellas, el peronismo” (Torre, 2003: 649).

Según la clasificación propuesta por Mora y Araujo (1991), teniendo en cuenta los comportamientos políticos históricos de los partidos políticos argentinos puede establecerse una línea divisoria en la pirámide socio-electoral: respecto de los estratos socioeconómicos bajos, el voto es mayoritariamente peronista; considerando los estratos socioeconómicos altos, el voto responder en general a favor de una variedad de partidos pero ninguno de ellos peronista: “El panorama así delimitado, el equilibrio de la política electoral descansó sobre dos factores. El primero, la dificultad de los partidos no peronistas para trasponer la línea divisoria y conseguir apoyos por debajo de ella. El segundo factor fueron los obstáculos que encontraron dichos partidos para conformar coaliciones abarcativas por encima de la línea divisoria, aglutinando al conjunto del electorado no peronista” (Torre, 2003: 649).

En esas condiciones, y en las ocasiones que pudo expresarse, el predominio peronista se comprende tanto por los factores que impidieron la formación de coaliciones no peronistas, como por el carácter coalicional que siempre presentó el propio peronismo (Abdo Ferez y Salas Oroño, 2000). En la elección de octubre de 1983, si bien hubo un traspaso de votos peronistas, lo que hubo fue una “superación” de la falta de cohesión características de los votos no peronistas; detrás de la figura de Raúl Alfonsín se encolumnaron votos de clases medias y altas con simpatías de centro-derecha y de izquierda y centro-izquierda. La propia candidatura de Alfonsín empujó esta posibilidad: tomando distancia del propio partido se configuró una referencia político-electoral, principalmente, en oposición al espacio peronista<sup>13</sup> y ciertamente disruptiva en relación a lo que había sido el comportamiento del polo no peronista de la competencia política. Alfonsín traccionaba en torno a su candidatura una supuesta cohesión de los sectores no peronistas; una cohesión que no era tal, como quedaría claro más adelante. El “bipartidismo imperfecto” fue dando lugar a la aparición de terceras fuerzas que, progresivamente, fueron reestructurando la concentración de votos en torno a la UCR y el PJ; sin embargo, la merma de esta concentración no se debió a salidas equitativas de ambos lados.

La tendencia al debilitamiento del bipartidismo no operó en las dos direcciones por igual: “el motor del cambio fue la merma del respaldo electoral a la UCR” (Torre, 2003: 650), que si se

---

<sup>11</sup> Según datos oficiales, en marzo de 1983 hubo 2.966.472 de afiliados nuevos.

<sup>12</sup> Si bien es cierto que la salida de Fernando De la Rúa es un momento (simbólico y político) clave para describir la “crisis”, aquí se opta por el bienio 2001-2003 para dejar en claro que las críticas se dirigieron, sobre todo, hacia los partidos políticos y no tanto al sistema democrático en sí. Más bien se trató de una crítica al tipo de democracia asociada al sistema de partidos, especialmente algunos.

<sup>13</sup> Al respecto del establecimiento de la “frontera alfonsinista”, ver Aboy Carlés (2003).



compara con la “fidelidad” del electorado peronista, incluso sólo en esta primera etapa de “bipartidismo imperfecto” en *transición*, ya permite ir visualizando el tipo de recorrido que hará cada uno de los dos espacios – peronista y no peronista – y las características que presentará el sistema (Mustapic, 2002)<sup>14</sup>. Ya en la elección de 1983 se planteaba una situación paradójica que se develará como un elemento clave años después: “mayor consistencia del voto peronista y la naturaleza más plural y diferenciada del voto dentro del polo no peronista. Las consecuencias de esos atributos del electorado no peronista habrían de desplegarse plenamente, en las sucesivas elecciones” (Torre, 2003: 652).

Los análisis electorales sobre este primer período de la democracia argentina (De Riz, 1998; De Riz y Adrogué, 1991) han mostrado que, a partir de 1983, la UCR fue “devolviendo votos” hacia el centro-derecha y el centro-izquierda, favoreciendo el crecimiento de terceras fuerzas – de allí el carácter “imperfecto” mencionado: tanto la Unión del Centro Democrático (UCeDe) como el Partido Intransigente (PI), luego de coincidir en la candidatura de Alfonsín, fueron “recuperando” votos; quizás no siempre esos mismos partidos, pero sí el espacio electoral sobre el que se asientan – el polo no peronista. Éste será el carácter fluctuante de la competencia electoral que se irá estableciendo; una disposición “abierta” en la que se destacan los traspasos y movimientos, principalmente en el polo no peronista, indicativos de procesos más profundos que afectan al “lazo representativo”<sup>15</sup>.

No fue tanto el triunfo como el “viraje programático” de Carlos Menem el que tuvo efectos sobre los alineamientos de centro-derecha y centro-izquierda; un cambio de “ambiente” en términos ideológicos que reconfiguró el panorama. El sector de centro-derecha, con Álvaro Alsogaray como asesor de la Presidencia, reorientó sus preferencias hacia el peronismo (de arriba hacia abajo) – como lo explica la pérdida de votos sucesiva en su principal bastión electoral, Capital Federal (22% en 1989, 8,6% en 1991 y 3% en 1993). Este sector de centro-derecha emprendía, así, un tan inaudito como autodestructivo camino *hacia* el peronismo. Por el contrario, el de centro-izquierda iba en otra dirección. El Frente Grande – y sus proto-formaciones- fueron de menor a mayor: 1,5% en 1991, un 2,5% en 1993 y tiene un gran crecimiento con posterioridad al “Pacto de Olivos”. Según Torre, “El malestar provocado por la abdicación [de la UCR] en su papel de oposición entre los simpatizantes del radicalismo, se tradujo en un fuerte flujo de votantes hacia el Frente Grande en las elecciones de constituyentes de 1994; entonces, la flamante agrupación alcanzó el 12,7% de votos a nivel nacional, y con el 37,6% se convirtió en la primera fuerza en la Capital Federal” (2003: 656).

La elección bisagra de este sub-período es la de 1995: el FREPASO es votado por el 28,2% del electorado, el radicalismo por el 16,4% y Carlos Menem, reelecto con el 47,7% de los votos. Un dato relevante para ubicar el argumento del “epicentro (no peronista) de la crisis de la representación partidaria”: el justicialismo logró mantener la mayoría de sus votos (leales del peronismo) y al mismo tiempo pudo compensar con sus ganancias en el electorado de centro-derecha la pérdida de apoyos

---

<sup>14</sup> Esto puede verse cuando se comparan los comportamientos en aquellas elecciones donde se renuevan cargos electivos de manera simultánea y por medio de boletas separadas en los tres niveles (nacional, provincial y local); los comportamientos ciudadanos son diferentes según las referencias: en el polo no peronista hay una mayor dispersión según el cargo; en el polo peronista sucede más bien lo contrario.

<sup>15</sup> Sobre los movimientos del espacio no-peronista en la primera etapa, el PI pasa de 2,8% de votos en 1983 a 7,7% del electorado en 1985, para volver a caer en 1987 a un 2,0% de los votos; esto coincide con la recuperación del peronismo. Por su parte la UCeDe experimentó un crecimiento de 3,2% en 1985, un 5,8% en 1987 y, en alianza con otros partidos (Alianza de Centro) y con Alsogaray como candidato, cosechó 7,2% a presidente y 9,9% para diputados, alcanzando su mejor desempeño electoral.



originales entre los votantes de centro-izquierda, mostrando la permanencia de la referencia peronista que, más allá de los reacomodamientos, establece un espacio político propio y estable<sup>16</sup>.

La nueva distribución de preferencias de la elección de 1997<sup>17</sup> termina de definirse en las elecciones de 1999: en esa oportunidad, el peronismo resulta derrotado – 38,3%- por la ALIANZA – 48,8% - destacándose el expresivo crecimiento de APR – 10,2%<sup>18</sup>. Pero la interacción del sistema ya tiene determinados signos que moldean su mecánica: “la dinámica de la competencia en la política electoral nacional entre 1983 y 1999 se explica, fundamentalmente, por el comportamiento del polo no peronista y dentro de él por las opciones electorales de centro-derecha y del centro-izquierda. Es allí donde está la fuente principal de la volatilidad del voto y también de los cambios en las coaliciones electorales [...] es allí donde está localizado, asimismo, el epicentro de la crisis de la representación partidaria” (Torre, 2003: 659).

Transcurridos dos años en el gobierno, el balance de la ALIANZA no pudo ser más insatisfactorio frente a las expectativas que había suscitado. Su primer *test* electoral se completa con el ex-ministro de Carlos Menem, Domingo Cavallo, al frente del Ministerio de Economía. La comparación de las elecciones legislativas de 1999 y 2001 permite observar el formidable revés electoral experimentado por las formaciones partidarias involucradas en la gestión de gobierno de De la Rúa: la UCR y el FREPASO perdieron 4.531.465 votos, casi un 60%, y el recientemente incorporado socio de la coalición, APR, perdió 1.200.675, un 87%. Los que retiraron el apoyo a la ALIANZA contribuyeron al extraordinario crecimiento del “voto negativo”. Este caudal de votos implicó una novedad para la reciente democracia argentina: entre 1983 y 1999 el voto nulo osciló entre 0.5% y el 1.5% de los sufragios emitidos; el voto en blanco lo hizo entre el 2% y el 4%. En el 2001 el primero ascendió hasta el 13% y el segundo al 10%. Entretanto, la tasa de abstención, que en el período 1983/1999 se ubicó en promedio entre el 15% y el 20%, en octubre del 2001 alcanzó el 28%. Otros desertores fueron, o bien hacia agrupaciones de izquierda – aumentaron un 200%- o bien hacia el ARI, creado en vísperas de las elecciones; dentro de este conjunto, si bien no hay datos que puedan confirmarlo, aparentemente, la mayoría de las fugas fueron del FREPASO (Torre, 2003).

En el otro polo, la comparación anterior arroja el significativo hecho de que la fidelidad del electorado peronista no fue demasiado afectada por el clima de protesta generalizado. En ese sentido, las elecciones del 2001 pusieron al descubierto dos situaciones: por un lado, el “descontento” ciudadano arrasó prácticamente con las opciones no peronistas, sobre todo las de perfil de centro-izquierda representada por la ALIANZA de la coalición gobernante, pero también las de centro-derecha, representada por APR - que en aquél momento también formaba parte del gobierno. Por otro lado, el peronismo que, si bien ve disminuido su caudal electoral en 667.130 votos, no pareciera estar en el centro de la *crisis*: “La conclusión es que el repudio ciudadano que estas [elecciones] pusieron de manifiesto no hizo impacto en todos los partidos por igual. Éste fue comparativamente

---

<sup>16</sup> Sobre todo teniendo en cuenta las cinco victorias consecutivas que logra en menos de diez años: 1987, 1989, 1991, 1993 y 1995.

<sup>17</sup> En la que la ALIANZA alcanza el 45,6% de los votos, el PJ el 37% y Acción por la República (APR) el 3,8% de los votos.

<sup>18</sup> En la elección de 1999 el PJ no va con substantivos apoyos externos, de manera similar a como lo había hecho en la elección de 1983; en los distritos donde logró retener los apoyos extra-partidarios de su coalición política tuvo mejores resultados: en la Provincia de Buenos Aires, si bien sacó el 37,4% de los votos, contra el 41,4% de la ALIANZA, pudo imponerse a partir de la coalición formada con la UceDe – 5%- y APR – 5,8%.



menor para el PJ; contra el telón de fondo del drástico encogimiento del electorado de partido, el peronismo logró sobrevivir como fuerza política predominante” (Torre, 2003: 662).<sup>19</sup>

### Metamorfosis partidaria y liderazgo presidencial (2003-2013)

El hecho de que el espacio no peronista se haya caracterizado por la “volatilidad”, dejando “huérfanos de la política” en el camino, es decir, contingentes de ciudadanos que, si bien se constituyen en electores circunstanciales no adhieren *intensamente* a dichos partidos (Adrogué y Armesto, 2001), no fue – ni es – un problema menor o superficial. La “crisis de la representación partidaria” afectó varios planos, pero sobre todo apuntó a la legitimidad de quienes son habilitados para responder a las demandas de la sociedad. Las críticas se dirigieron, más de las veces, con vehemencia a las formas mismas en que se pensaban esas respuestas, a las orientaciones significativas que estaban detrás de las acciones políticas. Se pierde muchas veces de vista, pero en paralelo con la profunda crisis social que vivió el país durante esos años, también se verificó un cambio significativo en los imaginarios colectivos, en las ideas y en los lenguajes circulantes. En este sentido, puede afirmarse que la “crisis de la representación partidaria” también fue una “crisis de las interpretaciones” (Salas Oroño, 2012), en tanto lo que se derrumbó fue un modo de comprender la democracia argentina, un modo de entender la actuación de los partidos, los límites de *la política* en general. El derrumbe de aquel edificio político-partidario fue el derrumbe de los diferentes “proyectos políticos” (Díaz-Tendero, 2009) que se dispusieron en la escena política tras la salida de la dictadura. Y como era de esperar, después de la *crisis* ya nada sería como antes.

Si es cierto que “para bien o para mal, la relación entre proceso y proyectos no es apenas histórica, sino estructural [entonces] buena parte del conflicto político en países de capitalismo retardatario, democracia frágil y globalización subalterna como los nuestros, continua girando en torno a interpretaciones, sobre el modo en que los sujetos relatan, especialmente en coyunturas críticas, piensan el país...” (Brandao, 2003: 64). La experiencia de gobierno que comienza en mayo del 2003 con Néstor Kirchner trae consigo no sólo una serie de “rupturas” en términos de actuación política y medidas innovadoras sino que instala una nueva dinámica en la escena política, y en lo que compete a este artículo, un nuevo tipo de formato en lo que respecta al vínculo de los partidos políticos con la ciudadanía y de los partidos entre sí. De aquel “vaciamiento de sentido de las instituciones partidarias” (Mocca, 2004: 87) del 2001 se pasa a un escenario político en el que los partidos quedan singularmente “rezagados” respecto del liderazgo presidencial: de un sistema partidario *fragmentado* se pasa a una competencia política en la que los partidos políticos se disponen *subsidiariamente* a la autoridad presidencial, en lo que para algunos autores será el desembarco de cierta “lógica populista” (Laclau, 2006). En todo caso, se trata de un sub-período (2003-2013) en el que evidentemente hay otros vínculos representativos y conexiones interpartidarias, y en el que se registran otras metáforas políticas acerca de los límites y posibilidades de la acción política (democrática).

Las elecciones legislativas del 2005 permitieron al *kirchnerismo* forzar hacia su espacio político la ubicación del Partido Justicialista, comenzando un “reordenamiento parcial” de los elementos del sistema, con cierta “estabilización de las opciones políticas” y una re-localización progresiva (en términos identitarios) de las diferentes fuerzas políticas post-*crisis*. Las consecuencias prácticas de

---

<sup>19</sup> La debilidad de las “identificaciones” del polo no peronista contrasta con la situación de su polo opuesto: “Ciertamente, los valores de la subcultura peronista han perdido la consistencia del pasado después de las políticas públicas de signo opuesto en su nombre durante el gobierno de Menem, pero aún conservan capacidad de suscitar lealtades y solidaridades” (Torre, 2003: 669). Las fluctuaciones de aquel sector contrastan con el piso mínimo de 37% exhibido por el PJ a lo largo de las dos décadas democráticas del sub-período.



aquella elección no deben ser minimizadas: a partir de ese momento, con la incorporación institucional del PJ al la coalición gubernamental, no sólo se refuerzan los atributos de gobernabilidad sino que despunta, por lo menos embrionariamente, la “frontera política” ideológica trazada por el propio *kirchnerismo*, superando la formulación inicial de la “transversalidad” del primer tramo del gobierno. De allí que pueda decirse que la elección legislativa del 2005 es el primer paso hacia un nuevo tipo de estructuración de la competencia política tras la *crisis*, en la que se fusionan diversos elementos. Sin embargo, y teniendo en cuenta las elecciones del 2007/2009/2011, la permanencia de las continuas “metamorfosis” y cambios harán que el escenario todavía pueda ser clasificado, como a inicios de los años ochenta, *en transición*.

Si bien es cierto que una amplia “Concertación” en las presidenciales del 2007, con sectores no peronistas, tenía la intención de extender el margen de la política de alianzas con el objetivo de ampliar aún más la base de sustentación, el principal aspecto que ya comienza a manifestarse como clave es la densidad (performativa) del liderazgo presidencial (Cheresky, 2009), una característica impensada si nos retrotraemos al clima político del 2001/2003. Será Néstor Kirchner – y luego Cristina Fernández de Kirchner – quienes pasan a recuperar no sólo para la investidura sus mancillados parámetros de autoridad sino que, además, se convierten en representantes cuya legitimidad y valoración se distancian expresivamente de los otros niveles de la representación (municipales, provinciales o parlamentarios), situación que será cada vez más evidente. En el transcurso se produjo lo que puede ser considerado el momento clave del *kirchnerismo* como proceso histórico: el “conflicto con el campo”. En aquella coyuntura, al margen de la derrota legislativa, se termina por confeccionar la “estructura narrativa” del *kirchnerismo* –“gobierno o campo”/“pueblo o corporaciones”/“ellos o nosotros”- cuestión que sobreimprime e intensifica el contenido del *relineamiento partidario* que se venía estableciendo. Se cristaliza una nueva “interpretación democrática” diferente a la alfonsinista, al menemismo y la ALIANZA; en los términos de Brandao (2001), pasan a conjugarse diferentes “proyectos políticos” que compiten entre sí. El “conflicto con el campo” confirma, además, la instalación de un determinado ritmo de la política, con una *temporalidad política* vertiginosa consolidando, por un lado, la consistencia del “bloque social” que acompaña al *kirchnerismo* y, por el otro, dejando al resto del espectro político parcialmente atomizado, sin capacidades de influenciar los términos de las disputas.

Las características del *kirchnerismo* en términos de sistema partidario podrían, entonces, sintetizarse en dos: por un lado, la *tendencia* a la fragmentación y dispersión partidaria pareciera continuarse en el espacio de “oposición” al gobierno, donde se verifican conductas de traspasos y comportamientos similares a los que componían el escenario pre-*crisis* de 2001; por otro lado, por lo menos hasta el 2013, se confirma una unidad referencial y operacional por parte del Frente Para la Victoria (FPV) que, más allá de ciertas situaciones específicas, consolida su proyección como bloque político unificado –con los eventuales desprendimientos que fueron ocurriendo, cuestión observable también en otros gobiernos latinoamericanos del mismo signo. Esto no quiere decir que el FPV funcione estrictamente como un partido político, o por lo menos no lo hace según las definiciones clásicas: superpuesto con la “lógica populista”, buena parte de su operatividad y expansión política debe remitirse a la iniciativa del elenco gubernamental y a la iniciativa política definida en torno a las figuras de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández de Kirchner (Freibrun, Hamawi y Socías, 2011); de allí que pueda hablarse de un sistema político *híbrido*, con superposición de escenarios.

### **Conclusión: dilemas partidarios**

La ventaja obtenida por el FPV en la elección presidencial del 2011, la distancia que logra establecer Cristina Fernández de Kirchner respecto de sus competidores, y el mapa político general





que se desprende de aquella elección, dan argumentos para caracterizar a la *organización de la competencia político-partidaria* argentina como *híbrida*, donde hay una “metamorfosis” de los elementos (partidarios) del pasado que se combinan con una *forma política* que se visualiza, también, en otros países latinoamericanos: la gravitación de los liderazgos presidenciales como constructores de las “agendas políticas”. Habrá que ver si este formato *híbrido* podrá dar respuestas a la serie nueva de problemas que se vienen manifestando en los últimos años, con nuevos tipos de demandas, producidas como efectos de los intensos reajustes de las estructuras socio-económicas en el actual ciclo de recuperación del crecimiento de los capitalismos periféricos.



## Bibliografía

Abal Medina, J. M. (h) y Suárez Cao, J. (2002): “La competencia partidaria en la Argentina: sus implicancias sobre el régimen democrático”, en Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. M. (h.) *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Homo Sapiens, Rosario.

Aboy Carlés, G. (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Homo Sapiens, Rosario.

Adrogué, G. y Armesto, M. (2001): “Aún con vida. Los partidos políticos en la década del noventa” en *Desarrollo Económico* n° 40 (160), Buenos Aires.

Brandao, Gildo (2001): “Ideías e intelectuais” en *Lua Nova-Cedec*, n° 54, San Pablo.

Cabrera, E. (1997): “Sobre la muerte del bipartidismo” en *Desarrollo Económico* vol 38 n° 149, abril-junio 1997, Buenos Aires.

Cavarozzi, M. y Casullo (2002): “Los partidos políticos en América Latina hoy: ¿consolidación o crisis?” en Cavarozzi, M. y Abal Medina, J. M. (h), compiladores, *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Homo Sapiens, Rosario.

De Ipola, Emilio (1984): “Discurso político, política del discurso” en González Casanova, Pablo (coord.) *Cultura y Creación intelectual en América Latina*, Siglo XXI, México D.F.

De Ipola, Emilio (2001): *Metáforas de la política*, Homo Sapiens, Rosario.

De Riz, L. (1990): “Argentina: el comportamiento electoral durante la transición democrática”. *CEDES*, N° 41, Buenos Aires.

De Riz, L y Adrogué, G. (1990): *Democracia y Elecciones en la Argentina*. Buenos Aires: CEDES.

Díaz-Tendero, E. (2009): “Nuevas formas de representación y proyecto político” *Nueva Sociedad*, N° 220, Caracas, marzo-abril.

Freibrun, Nicolás, Hamawi, Rodolfo y Socías, Manuel, compilador, (2011): *Qué es el kirchnerismo. Escritos desde una época de cambio*, Ed. Continente, Buenos Aires.

Laclau, Ernesto (2006): “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana” en *Nueva Sociedad* N° 205, Buenos Aires.

Mocca, E. (2004): “Los partidos políticos: entre el derrumbe y la oportunidad” en Cheresky, I. y Blanquer, J. M., compiladores, *¿Qué cambió en la política argentina?*, Homo Sapiens, Rosario.

Mora y Araujo, M. (1991): “El Cuadro político y electoral argentino” en Nohlen, D. y De Riz, L. (comps.) *Reforma institucional y cambio político*, CEDES-Legasa, Buenos Aires.

Novaro, M. y Palermo, V. (1998): *Los caminos de la centroizquierda. Dilemas y desafíos del Frepaso y de la Alianza*, Losada, Buenos Aires.

Pousadela, I. (2004): “¡Los partidos políticos han muerto! ¡Larga vida a los partidos!” en Cheresky, I. y Blanquer, J. M., compiladores, *¿Qué cambió en la política argentina?*, Homo Sapiens, Rosario.

Pousadela, I. (2007a): “Argentinos y brasileños frente a la representación política” en Grimson, A. (comp.) *Pasiones Nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Edhasa, Buenos Aires.

Salas Oroño, A. y Abdo Ferez, C (2000): “El nuevo contexto político argentino: coaliciones, negociación y oscurantismo”, en Jornadas de Ciencia Política: 15 años de democracia en la Argentina. Perspectivas y desafíos. Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.

Salas Oroño, Amilcar (2012): *Ideología y Democracia: intelectuales, partidos políticos y representación partidaria en Argentina y Brasil desde 1980 al 2003*, Pueblo Heredero/Sec. de Cultura de la Nación, Buenos Aires.

Sartori, G. (1994): *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza, Madrid.

Torre, Juan Carlos (2003): “Los huérfanos de la política de partidos: sobre la naturaleza y los alcances de la crisis de representación política” en *Desarrollo Económico*, Vol. 42 N° 168, Buenos Aires.

Zelaznik, J. y Rovner, H. (1997): “Crisis y transformación del sistema de partidos en Argentina: probables escenarios” en Sidicaro, R., compilador, *Política y sociedad en los años del menemismo*, CBC-UBA, Buenos Aires.